

tierra y reflexionó el medio de obtener la victoria. Pensó y pensó... y he aquí lo pensado. Transformóse en hombre de bien, y como jornalero se ofreció al pobre labrador. Enseñó a éste durante la sequía del estío a sembrar en el pantano. Había el sol quemado los sembrados de sus vecinos, pero los suyos, crecían espléndidos, altos, de espigas cuajados. Pudo vivir hasta año nuevo con lo almacenado, quedándole aún grano en abundancia. En los veranos siguientes, le adiestró a sembrar trigo en las montañas. Y el verano fué muy lluvioso. Troncharonseles a sus vecinos las espigas, se les pudrieron, y dentro nada contenían, pero a él la cosecha de las montañas rica y próspera le fué, y tanto trigo recolectó que del mismo no sabía que hacerse.

Y le industrió del grano fabricar aguardiente, y el labrador aguardiente fabricó, bebió del mismo e hizo beber a los demás.

J. VIDAL Y JUMBERT.

(Concluirá.)

ESPIGAS AJENAS

HAY TANTOS QUE NO CREEN!...

No son muchos sino pocos los que no creen. Son, sí, muchos los que hacen como que no creen, los que fingen no creer, pero no son tantos los que están convencidos y no creen.

¿Por qué no creen? Crean o no crean, y sea su incredulidad fingida o verdadera ¿por qué no creen o por qué fingen que no creen? Fíjate bien en esto, que te será de mucho provecho.

Incrédulos por ignorancia.—Son muchos los que no creen sin saber por qué no creen; no se preocupan de esas cuestiones, no las estudian, no saben nada de religión. Esto es una temeridad enorme, porque si hay religión y otra vida, si hay infierno, el no ocuparse de ello es una barbaridad. Y advierte que estos incrédulos pueden al mismo tiempo ser sabios en algunas cosas; porque en efecto, hay algunos que saben mucho de física, de matemáticas, de historia natural, de química, etc., etc. Pero no han estudiado ni saben nada de religión, que es de lo que se trata. Son incrédulos por ignorancia.

Incrédulos por poca ciencia.—Hay algunos también y son peores que los anteriores, que son incrédulos porque saben poco. A ellos les parece que saben mucho, pero saben poco, y son presumidos. Bacon, que sabía mucho, decía una sentencia que te recomiendo mucho pensarla.

Decía: *La poca ciencia aparta de Dios, y la mucha ciencia lleva a Dios.* Es mucha verdad. Estudian éstos un poco la religión, y ya se figuran que lo saben todo, y dejan de creer por no saber creyendo que saben.

Incrédulos por ligereza.—Son muchos. La ligereza puede ser de varias clases. Veámoslo.

Incrédulos por respeto humano. Créeme que hay muchos que creen, pero, como ven a algunos que no creen, o se burlan de los que creen, no tienen valor bastante de confesar su fé, y aparecer religiosos, y creyentes para que no los tengan por cobardes o beatos. De los incrédulos la mitad son cobardes.

Incrédulos por vanidad. Parecidos a estos son aquellos que son incrédulos, pudiéramos decir, por *postura*. Por echárselas de incrédulos, de espíritus fuertes, de superhombres, de intelectuales. Faroleros y fatuos, como no pueden sobresalir en verdadero mérito, quieren llamar la atención por incrédulos.

Incrédulos por puerilidad. Hay algunos que tienen tan poca fuerza de talento que a la más leve dificultad o dicho contra la religión ceden o se dejan convencer. Es poco talento y poco carácter.

Incrédulos por soberbia. A estos los llamaríamos muy bien incrédulos gansos, incrédulos borregos, incrédulos de rebaño. Hay en este mundo muchos que a todo lo que se les dice con palabras huecas y fantásticas dicen Amén. Si ven a uno que habla con un poco de entonación cosas que no entienden, dicen *ese es un sabio*, *ese puede con todos*. Y a esos palabreros huecos aplauden, y corean, y siguen, sobretodo si hablan o escriben gordo, en estilo insultador, blasfemo, matón, audaz y bárbaro.

Incrédulos por pasión.—Hay muchos, y bien puede decirse que los más de los incrédulos no lo serían, si las pasiones humanas y sensuales no los incitasen a la incredulidad. La pasión, ciega, es irracional, oscurece, aletarga, irrita, obstina. La ignorancia con alguna pasión, la ligereza con algún vicio o concupiscencia, esas son las causas de la incredulidad. Las pasiones principales son tres, la soberbia, la deshonestidad, la codicia.

Incrédulos por soberbia. La jactancia, el orgullo se puede decir la gran herejía de nuestros tiempos desde el protestantismo. Algunos incrédulos se creen más inteligentes que los creyentes; tienen a éstos por espíritus limitados, incapaces de progresar y tímidos. Jáctanse de no tener prejuicios, de no ser como los demás hombres, de no temblar del infierno, de no arrodillarse ni golpear sus pechos cuando los demás.